



Orar con
EL PADRE PÍO

Laureano J. Benítez - Óscar A. Peña

Prólogo de J. P. Manglano

14^a
edición

DESCLÉE DE BROUWER

Hablar con Jesús

**ORAR CON
EL PADRE PÍO**

14^a edición

Laureano José Benítez Grande-Caballero
Óscar Alberto Peña Mayoral

DESCLÉE DE BROUWER

1ª edición: abril 2004

14ª edición: julio 2020

© Laureano José Benítez Grande-Caballero
Óscar Alberto Peña Mayoral, 2004

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A. 2004
Henao, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclée.com
info@edesclée.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-1863-9

Depósito Legal: BI-1004-2019

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

ÍNDICE:

Introducción.	5
1. “Ven y sígueme”	9
2. “Sacerdote santo y víctima perfecta” . .	21
3. Una estrella en el camino: María.	33
4. Cartas.	41
5. “Crucificado sin cruz”: los estigmas . . .	55
6. Unos dones extraordinarios	67
7. Del Calvario al Tabor: la mística de la Cruz.	83
8. “Sólo soy un fraile que reza”	93
9. Varón de dolores.	105
10. En el confesionario	117
11. En brazos de la divina misericordia . . .	127
12. El humor del Padre Pío	137
13. La santa humildad	149
14. La Caridad: El Hospital de Dios	155
15. Los dones del Espíritu Santo.	165
16. Muerte y testimonios	173
Bibliografía básica.	183

Introducción

“**E**l mensaje del Padre Pío quizá choque con la mentalidad actual, haciendo que sea un santo a contrapelo de los mensajes de nuestra cultura. Sus palabras y sus hechos rascan, incluso pueden llegar a despertar cierto rechazo en ocasiones.

Una aproximación superficial a su persona podría asombrar por sus penitencias y mortificaciones, como si ahí se encontrase la clave de su vida. Pero no es así. Su Dios es el Dios del amor, y no le entenderá quien no alcance a descubrir el amor que corre por sus venas y dinamiza todo su ser y su obrar de una manera extraordinaria.

Sí, es verdad que la cruz de Cristo es su gran enseñanza, y que la pasión de Cristo le enamora

hasta tener impresas en su cuerpo sus heridas —estigmas que tiene hasta cincuenta años exactos, ni un día más ni uno menos—. Ama a Dios, ama a los hombres —a todos, especialmente a los enfermos de espíritu—, y entiende que con las heridas de Cristo “habéis sido curados”, como escribe san Pedro en su primera carta. Quiere ser Cordero de Dios, con Cristo. Le importa más sanar el amor herido de Dios a los hombres, que su propia vida.

Su mensaje es parte del misterio. Dios le elige desde niño para hablar al mundo. Lo hace con la sencillez de un pobre fraile, y con la autoridad de Dios a través de un cantidad sorprendente de hechos sobrenaturales. Estos le acompañan desde pequeño hasta después de muerto, ante los fieles que acuden a rezar delante de sus restos mortales.

Dios quiere que su hijo Francisco —su nombre de pila— sea un testigo creíble de Cristo y su evangelio.

“Bendito sea Dios en sus Santos”, canta la Iglesia. Resulta fácil contarle con asombro al ver como Dios nos recuerda con la vida de este santo que la cruz de Cristo es actual, es nuestra salvación, y que merece y puede ser amada.

* * *

El valioso trabajo realizado por los autores de este libro nos permite conocer al santo Padre Pío, dibujando acertadamente los rasgos de su personalidad. Presentamos el texto en puntos cortos para facilitar nuestra oración.

José Pedro Manglano



Casa en la que nació el 25 de mayo de 1887.

1

“Ven y sígueme”

El Padre Pío nació el 25 de mayo de 1887 en Pietrelcina, un humilde pueblo del sur de Italia, enclavado en una zona rural y agreste. Era el segundo hijo de los cinco que componían la familia Forgione, de extracción campesina. Recibió al nacer el nombre de Francesco, pues su madre era devota del santo de Asís. Curioso nombre para quien, con el correr de los años, ingresó en la orden franciscana, y reprodujo en su cuerpo los estigmas que San Francisco había llevado setecientos años antes.

El origen campesino y la condición humilde de su entorno se reflejarán más tarde en la labor pastoral del futuro Padre Pío, que usará imágenes y comparaciones sencillas para explicar sus pensamientos:

“Jesús y tú, de mutuo acuerdo, tenéis que cultivar la viña. Tú debes quitar y transportar las piedras, y arrancar las espinas; Jesús sembrará, plantará, cultivará y regará”.

“Nuestro cuerpo es como un asno al que hay que azotar, pero no demasiado; porque, si se cae, ¿quién nos llevará a cuestras?”.

Desde niño empezó a dar señales de una singular elección: A los cinco años empezó a tener visiones de Jesús, la Virgen y el ángel custodio, que no comentaba con nadie porque pensaba que todo el mundo las tenía; le gustaba mirar las imágenes de los libros piadosos, y visitar la iglesia para estar con “Gesú y la Madonna”. Ya por entonces manifestó su intención de ser capuchino y sacerdote.

“Amar a Dios es el mayor deber de la vida, y yo lo comprendí desde niño, como lo comprenden aún muchos niños, todavía no emponzoñados por el mundo”.

Con nueve años, ya empezó a practicar mortificaciones, como dejar de comer y dormir en el suelo con una piedra por almohada. Un día, su madre le sorprendió dándose golpes en la espalda con una cadena de hierro. El muchacho explicó a su sorprendida madre: “Tengo que pegarme lo mismo que los judíos pegaron a Jesús y le hicieron salir sangre de su espalda”.

Por esa edad comenzó a padecer extrañas enfermedades que ya no le abandonarán nunca, y que prefiguran lo que será una vida marcada por el sufrimiento corporal. A esto se añadirán pronto, desde que mostró su decisión de ingresar en el noviciado capu-

chino, muchas dudas, pruebas y tentaciones. El joven Francesco tenía quince años. Corría el año de 1902.

“Sentía dos fuerzas que se enfrentaban en mí, desgarrándome el corazón: el mundo me quería para él, y Dios me llamaba a una nueva vida. Dios mío, ¿cómo describir mi martirio? El solo recuerdo de la lucha que se desarrollaba en mi interior me hieló la sangre en las venas. Quería obedecerle, Dios mío, pero ¿dónde encontrar la fuerza para resistir a ese mundo que no es el tuyo? Finalmente apareciste y, tendiendo tu mano todopoderosa, me llevaste adonde me habías llamado”.

Esta lucha reproduce el inevitable combate que ha de librar todo cristiano: todos estamos predestinados a seguir la llamada con la que Dios nos invita a su amor, pero sentimos también otras llamadas —mundo, demonio y carne—, que nos tientan para que sigamos sus caminos. El resultado de esta lucha dependerá de una sola cosa: la intensidad y sinceridad de nuestro amor a Dios.

“Todo lo podría resumir así: me siento devorado por el amor a Dios y el amor por el prójimo. Dios está siempre presente en mi mente, y lo llevo impreso en mi corazón. Nunca lo pierdo de vista: me toca admirar su belleza, sus sonrisas y sus emociones, su misericordia, su venganza o, más bien, el rigor de su justicia”.

* * *

1.1 “Se nos ha dado la vida actual para conquistar la eterna”, *solía decir. Para llamar a la conversión, planteaba interrogantes sobre la finalidad de la vida, proyectándola sobre el inexcusable horizonte de la muerte, y subrayando que el destino que tengamos más allá de esta vida dependerá de nuestro esfuerzo en la existencia presente.*

“Antes no existía; dentro de cien años, ¿dónde estaré?... ¡O en el Paraíso o en el Infierno! Tu vida ¿qué finalidad tiene?... Dar al Creador pruebas de amor mediante la observancia de su ley.

2.1 *Para el Padre Pío, la aspiración del alma a Dios era un movimiento natural, exactamente igual que una ley física.*

“En todas las cosas naturales, su primer movimiento es una tendencia hacia su centro. Igual ocurre en las cosas sobrenaturales: el primer movimiento de nuestro corazón es el de tender hacia Dios, que no significa otra cosa que amar su propio bien.

El amor no es más que una chispa de Dios en los hombres, la esencia misma de Dios personificada en el Espíritu Santo; nosotros, pobres mortales, deberíamos entregarnos a Dios con toda la capacidad de nuestro amor”.

3.1 *Pero, a pesar de que el amor a Dios está infuso en nuestra alma, las atracciones del mundo pueden llegar a debilitar y apagar esa llama encendida por el fuego divino.*

“Si todos los cristianos vivieran según su vocación, la tierra misma de destierro se cambiaría en un paraíso. Pero se vive como si Dios no existiese, y aquellos que conocen la existencia divina intentan huir de la mirada de Dios, a fin de ahorrarse preocupaciones en la justificación de su conducta extraviada.

El hombre es tan soberbio que, teniendo medios y salud, cree ser Dios, incluso superior a Él. Cuando, por cualquier razón, se encuentra ante su nulidad, solamente entonces se acuerda que existe un Ser Supremo.

Si queremos cosechar, no es tan necesario sembrar mucho como sembrar en tierra buena y, cuando esta semilla crezca y sea planta, debemos tener cuidado para que no la sofoque la cizaña”.

“Pobres y desgraciadas las almas que se arrojan en el torbellino de las preocupaciones mundanas. Cuanto más aman el mundo más se multiplican sus pasiones y más se encienden sus deseos; y así surgen las inquietudes, las impaciencias, los choques terribles que despedazan sus corazones, que no palpitan de caridad y de

santo amor. Roguemos por estas almas desgraciadas y miserables. Que Jesús las perdone y las atraiga hacia sí con su infinita misericordia”.

4.1 *Ante la importancia de lo que nos jugamos en esta vida, recomendaba especialmente que se aprovechara bien el tiempo de que disponemos, pues cada minuto es importante para nuestra salvación.*

“Es la pérdida del tiempo pasado inútilmente en el pecado lo que gradualmente arrastra al infierno. Éste es el primer problema: evitar la pérdida del tiempo.

Despertemos, pues la dejadez lo destruye todo, realmente destruye todo”.

“El río corre y en cada momento se aproxima al mar. Tu vida se va esfumando y cada día que pasa es uno menos que te queda sobre la tierra... Cada día es un paso más hacia el sepulcro. ¿No quieres pensar en eso? Eres un necio ¡limita a las vírgenes prudentes!

Deberemos dar cuenta rigurosísima de cada minuto, de cada acción de la gracia, de cada santa inspiración, de cada ocasión que se nos presentaba de hacer el bien. La más pequeña transgresión de la santa ley de Dios será tenida en cuenta”.

“Alma mía, comienza hoy a hacer el bien, que hasta ahora no has hecho nada. Del bien que haremos después están llenos los sepulcros... y además, ¿quién nos dice que viviremos mañana? Levantémonos y atesoremos, porque sólo el instante que pasa está en nuestras manos”.

5.1 *Proponía una fórmula infalible para adelantar en el camino de perfección y arrancar del alma la tibieza y la dejadez que nos hacen vivir una vida sin fe, o con una fe empobrecida y lánguida: “No dejo de recordar siempre que Dios todo lo ve y al final juzga”.*

“En el mundo todo tiene límites. Sólo Dios no tiene límites: ni pasado, ni futuro. Él es el Increado, el Omnipotente, el Omnisciente, el Abismo Infinito que no se llena jamás. No podéis, por lo tanto, evitar su mirada sobre vosotros”.

6.1 *Las atracciones del mundo no son la única causa de que languidezca nuestra fe. El Padre Pío había advertido, a través de la tarea de director espiritual que ejercía en su correspondencia, que muchas almas experimentaban lo que suele llamarse el “silencio de Dios”: a pesar de nuestros esfuerzos, Dios parece siempre lejano y ausente, y*

esto provoca dudas, confusión y una perplejidad que puede hacer vacilar la llama de nuestra fe.

“¿Por qué dudar del Amor, si tan íntimamente te posee e hiere? Aleja de una vez la perplejidad y las ansias, y goza en paz las dulces penas del Amado. La atracción es de la patria, el rechazo del destierro. Una y otro son queridos por Dios, y por tanto en ello no hay nada malo; todo está bien, porque la una y el otro tienen la misma causa: el amor. Dios atrae al alma, que es suya y de la que tiene posesión; la rechaza porque todavía está en condición de peregrina. ¿Quién puede vivir, si dura la atracción?

Quien ama, sufre. El amor no satisfecho es un tormento, pero un tormento dulcísimo”.

7.1 *Cuando nos acometan estas dudas, debemos tener presente que en esta vida —a la que solía llamar “destierro”— es imposible el amor perfecto a Dios, que sólo podremos alcanzar en la bienaventuranza eterna.*

“Para la felicidad hay que esperar un poco, pues esta tierra es un valle de lágrimas en el que todos debemos llevar nuestra cruz. De hecho, la felicidad no es de este mundo. A nosotros, miserables y desventurados mortales, el amor en su plenitud sólo se nos concederá en la otra vida”.

8.1 *Para no desfallecer en nuestro camino, debemos tener siempre presente que nuestra meta es la patria celestial, donde gozaremos el premio de la eterna bienaventuranza, y acordarnos de que no estamos solos en nuestro peregrinar, pues contamos con la ayuda segura de Dios, y debemos confiar plenamente en ella.*

“Creedme, para vivir contentos en esta peregrinación, es preciso tener a la vista la llegada a nuestra patria, donde permaneceremos eternamente, y mientras tanto creer con firmeza, porque es cierto que Dios nos llama, mira cómo vamos hacia Él, y jamás permitirá que nos ocurra cosa alguna que no sea para nuestro mayor bien. Él sabe cómo somos y nos tenderá la mano en nuestros pasos mal dados, a fin de que no nos entretenga cosa alguna en nuestro veloz camino hacia Él”.

“Tengamos siempre presente que por el bautismo hemos llegado a ser templos de Dios vivo, y que cada vez que volvemos nuestro ánimo al mundo, al demonio y a la carne, a los que por el bautismo hemos renunciado, profanamos este sagrado templo”.

9.1 *Ya que la satisfacción de nuestro amor es imposible en este mundo, decía que lo que verdaderamente cuenta es la intención, el sincero anhelo y el ardiente deseo de amar a Dios.*